

PRINCESAS DRAGÓN

El fin de la magia

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández



PRINCESAS DRAGÓN

El fin de la magia

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández

sm

PRINCESAS DRAGÓN


El fin de la magia

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández



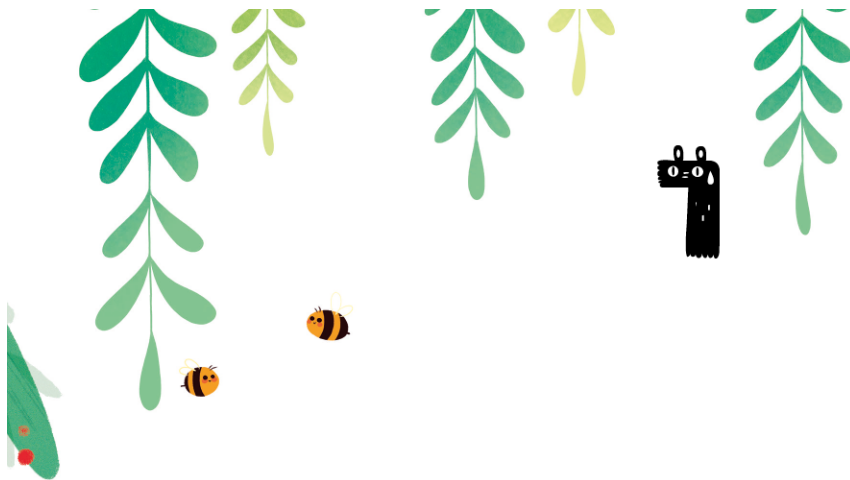


*Para todos nuestros fieles lectores y lectoras,
que se han ganado a pulso
el título de Príncipes y Princesas Dragón.
¡Gracias por seguirnos en nuestras locas aventuras!*

Bamba, Nuna, Koko y Rosko







Mis padres dicen que todas las cosas buenas se acaban en algún momento.

Se acaban las vacaciones y se acaban los fines de semana. Se acaban los cuentos y los botes de mermelada de jabalí.

Bueno, pues a mí no me da la gana. Por eso, antes de terminar un frasco, empiezo otro. ¡Chúpate esa, mermelada!

–¡Bamba, ya has vuelto a dejar el bote a medias!– chillaba mamá cuando lo ve, dando un manotazo en la mesa. El frasco salta y se estrella contra el retrato de la abuela. Yo doy otro golpazo y una mazorca de maíz aterriza en la chimenea. Del fuego sale disparado un huracán de palomitas. Entonces mamá...

Pero espera. Justo así comenzó la historia de las Princesas Dragón. Con un desayuno estampado contra la pared de un castillo. Y ahora lo que me toca contar es el final.



¡Sí, también nuestras aventuras parecían haberse acabado! ¡Con lo que nos hemos divertido, Santo Jabalí!

En la última misión, por ejemplo, nos tocó vencer a un grupo de feroces vampiros.

Pero ni siquiera los vampiros eran tan feroces como el monstruo que nos atacó después.

Un monstruo llamado... ¡aburrimiento!

Acabábamos de mudarnos a un nuevo árbol. Un abeto enorme, puesto que ya éramos siete en la banda. A este paso, pronto dejaríamos de ser una pandilla y nos convertiríamos en un equipo de fútbol.

Estábamos Nuna, Koko y yo. Tres superheroínas con corona y poderes de dragón.



Estaba el príncipe Rosko, que tiene el poder de entender a los animales.

Y estaban Gumi, Migu y Cleo, nuestros cachorros de dragón. Su poder es el de dejarlo todo hecho un asco a la velocidad de la luz.

Bueno, pues a pesar de ser tantos, nos aburríamos como setas.

Había llegado el verano y, con él, el calor, las moscas y la pereza. Ni siquiera los troles del bosque tenían ganas de bronca. Es que ni pinchándoles el trasero nos atacaban.

Mis amigos se pasaban el día despanzurrados en su rama.



-Princesas Dragón -trataba de animarlos yo desde lo alto-. ¡Busquemos una misión!

-¡Cállate ya, maldición! -gruñía Koko.

-Yo tengo un sofocón... -decía Nuna, abanicándose con la corona.

-¿Qué has dicho, perdón? -murmuraba Rosko, con cara de sueño.

Hasta los dragones parecían más apagados que de costumbre.

Y es que nadie venía a pedirnos ayuda ni aparecían nuevos peligros.

Tal vez ya habíamos terminado con todos los enemigos de los Cuatro Reinos. O tal vez estaban todos sudando la gota gorda en sus escondrijos.

¿Volverían a salir en otoño, como los hongos?

No imaginábamos que, mientras nosotros dormíamos, un grupo de villanos preparaba un infame plan.

¡Nuestros padres!

Al parecer, la madre de Nuna le había puesto una paloma mensajera a la mía. Mi madre la usó para mandarle otra carta a papá. Papá se la mandó a los padres de Rosko, y estos, al director del orfanato de Koko.

La pobre paloma debió de acabar hasta el pico de tanto meneo.

El caso es que un día nos enviaron una emisaria real. Llegó medio asfixiada dentro de su uniforme de terciopelo.

-¿Princesas Dragón? -preguntó, a punto de desmayarse.

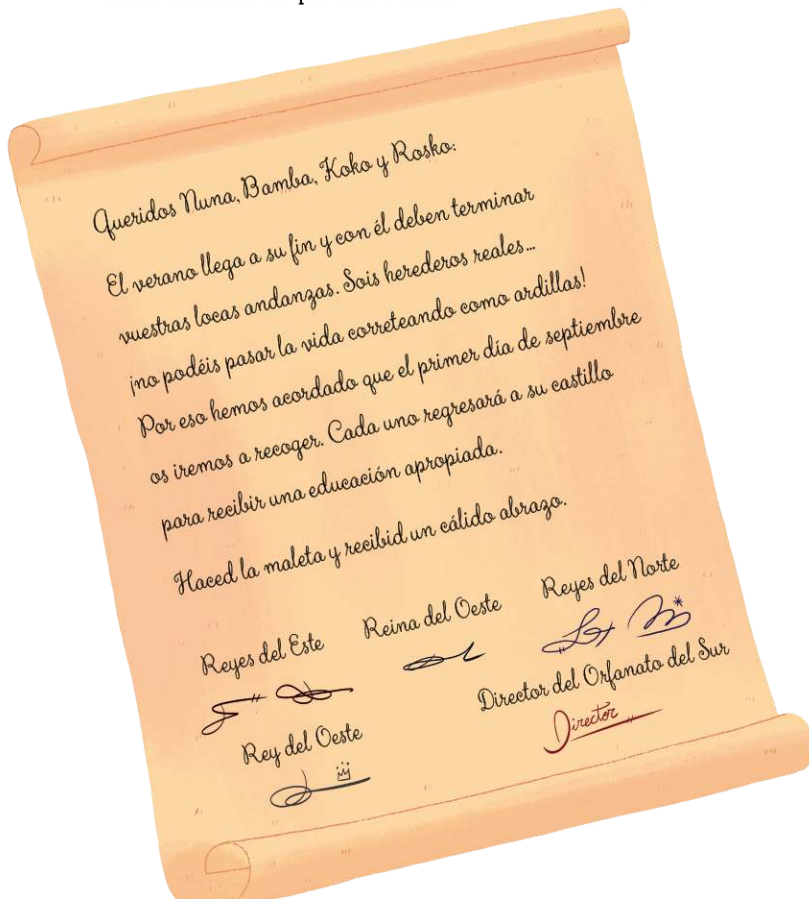




-¿Podemos ayudarla en algo? -contestó muy educadamente Koko, poniéndole su espada en la garganta.

-Le... le... les traigo una carta de sus padres y tutores.

Al leerla, comprendí que el frasco de nuestras aventuras acababa de quedarse vacío.





Sentí que por una vez, en vez de escupir fuego, acababa de tragármelo.

–Esto ha sido idea de tus padres, ¿no? –le dije a Nuna, pagándolo con ella.

–¿Por qué dices eso? –gimió mi amiga con voz entrecortada.

–¡Solo a tus padres se les ocurriría mandarnos un cálido abrazo en pleno agosto!

–Oye, Bamba, no creo que... –se metió Rosko.

–Tú lo sabías, ¿no? –dije, avanzando hacia él-. ¡Claro, Nuna y tú os lo contáis todo!

–¿Pero qué cuernos dices? –me sujetó Koko.

Quise responder que no me daba la gana irme. Que todavía nos quedaban muchas hazañas por delante. Que me negaba a que todo acabase.

En lugar de eso, me eché a llorar.